

mente dió el gobierno francés á esta garantía, cuando se enredó en una guerra con la Gran Bretaña.

La declaración de que las colonias norte-americanas no volverían á ser jamás provincias del reino de Inglaterra estaba destinada á tranquilizar á los gobiernos que miraban con espanto la probabilidad de la reconciliación, y la de perder sus colonias en América ante las fuerzas reunidas de la Inglaterra y de sus colonias reconciliadas; mientras el resto de la declaración de derechos se dirigía á halagar á los pueblos, y en especial al francés cuya cuerda sensible acertó perfectamente á herir; porque ya al principio decía en tono sacerdotal y solemne: «Cuando en el curso de los sucesos humanos llega un pueblo á experimentar la necesidad de romper los lazos políticos que lo unían á otro, y de ocupar entre las potencias el puesto independiente é igual á que tiene derecho segun las leyes naturales y divinas, el respeto que se debe á la opinión pública exige que explique los motivos que le impulsan á la separación. Las verdades siguientes nos parecen evidentes: Todos los hombres han nacido iguales; el Criador los ha dotado de derechos inalienables, como la vida, la libertad y el deseo de ser felices. Para asegurar estos derechos se han establecido los gobiernos, que reciben su poder de la voluntad de los gobernados; y en cualquiera parte donde la forma de gobierno resulte perjudicial al objeto indicado, tiene el pueblo el derecho de cambiarla ó de abolirla, y establecer un nuevo gobierno cimentado sobre aquellos principios y dividido de manera que pueda garantir mejor su seguridad y bienestar.»

Este derecho natural del hombre á la igualdad; el derecho natural de los pueblos á su libertad nacional; esta ilusión de Rousseau; este deseo general de la joven Francia de entonces se presentó formulado por primera vez en un documento nacional y público, no como elucubración de un visionario fantástico, sino como voluntad y propósito firme de un pueblo varonil, formado de simples agricultores que no conocían la opresión intelectual que sufrían los pueblos de Europa. La impresión que produjo fué inmensa, y en Francia donde los ánimos estaban hacia tiempo en fermentación, obró con fuerza volcánica. Séanos permitido citar aquí una sola voz, la del abate Raynal, que en su escrito *La revolución de América* (Londres 1781), dijo al hablar de los redactores y firmantes de la declaración de independencia: «¡Quién tuviera el númen y la elocuencia poderosa de los célebres oradores de Atenas y de Roma! Con qué grandeza, con qué entusiasmo ensalzaria yo á estos nobles hombres que con su paciencia, su sabiduría y su valor han construido este soberbio edificio! Hancock, Franklin y los dos Adams eran los personajes principales de esta memorable escena; pero no eran los únicos. La posteridad los conocerá á todos; sus nombres radiantes le serán transmitidos por una pluma mas afortunada que la mía; el mármol y el bronce los conservarán para los siglos mas remotos. Al verlos derramarán lágrimas los ojos extasiados de los amigos de la libertad. Háse escrito al pié del busto de uno de ellos: «Arrancó el rayo al cielo, y el cetro al tirano.» La segunda parte de este elogio corresponde á todos. ¡País heróico, mi edad avanzada no me permite ya visitarte! ¡Jamás me veré en medio de los hombres honrados de tu areópago; jamás asistiré á las sesiones de tu congreso! ¡Moriré sin haber visto la morada de la tolerancia, de las costumbres, de las leyes, de la virtud, de la libertad! No guardará mis cenizas un país libre y sagrado; pero por lo menos lo habré deseado; y mis últimas palabras serán oraciones que dirigiré por tí al cielo.»

Después de la apelación á los derechos del hombre siguieron á la declaración las pruebas de que estos derechos

se habían violado respecto de los americanos en un gran número de casos. Si estos casos realmente habían ocurrido, no tenía la culpa la voluntad tiránica de un solo individuo, sino la voluntad nacional de la Inglaterra representada por su parlamento; y de esta voluntad solo supo el mundo por la declaración de independencia hasta dónde se había puesto al servicio de los comerciantes y fabricantes. Los que entonces vieron aquella grandiosa lucha entre la libertad y la tiranía, podían decir con Turgot que «de todas las tiranías, la de un pueblo es la mas cruel, la mas insoportable y la que menos esperanza deja al oprimido, como lo prueba la historia de Irlanda; porque el déspota no deja de reprimirse alguna vez para no dañar su propio interés, ó porque se conmueve su conciencia, ó porque teme la opinión pública; pero un pueblo en masa no tiene remordimientos de conciencia y los peores crímenes suelen ser para él timbre de gloria.»

Nadie ignora hoy las tendencias despóticas de Jorge III ni la participación personal que tuvo en la persecución de Juan Wilkes, y en las leyes penales decretadas contra los norte americanos; pero no por eso dejó de ser un error de los mas groseros, y un aparente desconocimiento imperdonable del derecho público inglés y de los sucesos, la acusación que se le dirigió en la declaración de independencia de ser causa exclusiva y único perpetrador de 28 crímenes contra los derechos del pueblo. Solo en un caso se le puede censurar y esto en connivencia con otros, es decir, con el parlamento; pero en ninguno mencionaron los americanos las leyes votadas en regla, por las cuales se rigieron los ministros y los lugartenientes. Contra estas leyes y su aplicación se habían levantado; y en esta lucha de la libertad contra el despotismo, no fué un déspota el rey, sino todo un pueblo que expresó su voluntad en las elecciones y reelecciones para el parlamento. Así lo expresó un pasaje del borrador hecho por Jefferson, y dirigido contra los *empedernidos hermanos ingleses* que con sus reelecciones confirmaron en su proceder injusto á los que turbaban la paz entre Inglaterra y sus colonias americanas, y enviaron contra estas últimas no solamente soldados ingleses, sino tambien escoceses y mercenarios extranjeros. Este pasaje fué suprimido en la redacción definitiva para no herir la susceptibilidad del pequeño número de amigos de los americanos que había en el parlamento inglés.

Pero aunque este pasaje acerado de Jefferson se hubiese conservado en el documento definitivo, no cambiaba nada el carácter total del documento, porque siempre resultaba culpando, no á la nación inglesa y á su parlamento, sino al rey, que segun el principio mas fundamental y mas reconocido no podía cometer ninguna injusticia. Esta confusión de ideas es tanto mas singular, cuanto que los americanos se alababan de ser muy buenos ingleses, y sus jurisperitos habían dedicado un estudio muy especial, segun resulta de muchos documentos fidedignos, á los comentarios de Blackstone que ya conocemos como autoridad en materias de constitución y de cuya obra se habían vendido tantos ejemplares en América como en Inglaterra, segun había asegurado á Edmundo Burke, uno de los librereros mas principales de la Gran Bretaña, cosa que confirman autoridades análogas americanas.

Así, pues, el atribuir la culpa al rey y no al pueblo de Inglaterra, no podía ser efecto de ignorancia de parte de los jurisconsultos americanos, autores y firmantes de la declaración de independencia, sino de un artificio de la demagogia americana, admirablemente bien calculado para ganarse la voluntad de la joven Francia con su odio á los déspotas. El efecto que produjo entre los discípulos de Rousseau y

de Montesquieu hubiera sido todavía mayor si los redactores del documento hubiesen incluido en la serie de los pretendidos crímenes del rey Jorge otro muy especial, que Jefferson había tratado en su borrador en los términos vigorosos que siguen: «Hasta á la naturaleza humana ha hecho una guerra cruel, violando sus derechos mas sagrados, los de la vida y de la libertad, en las personas de un pueblo lejano que jamás le había hecho mal ninguno, y al cual ha dado caza, ha condenado y le ha llevado como esclavo á otro continente. Esta piratería, baldon de potencias infieles, es el sistema de guerra del rey cristiano de la Gran Bretaña. Decidido á tener un mercado abierto para la compra y venta de seres humanos, ha deshonrado su privilegio de *veto*, inutilizando todas las tentativas del poder legislativo para prohibir ó siquiera reducir este comercio infame. Y para colmo de horrores excita ahora á estos mismos esclavos á levantarse en armas contra nosotros, y á adquirir su libertad que él les ha quitado, asesinando á aquellos á quienes se los ha hecho admitir á la fuerza.»

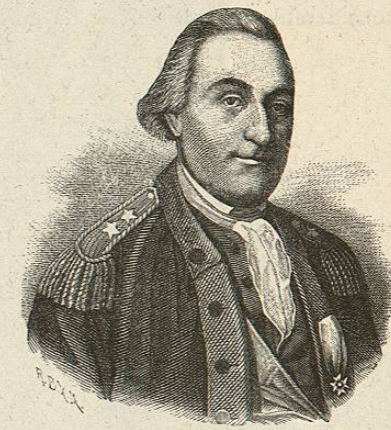
Una condenación ardiente de la esclavitud de los negros, y una solemne protesta contra el tráfico de esclavos, habría sido no solamente un adorno magnífico del primer manifiesto de los Estados Unidos, sino tambien un adorno en realidad ineludible y forzoso en un documento que empezaba con la *verdad evidente* de que «*todos los hombres nacen iguales*, que su derecho á la vida y á la libertad y su anhelo de ser felices eran *inalienables*.»

Era tanto mas indispensable que en la declaración de independencia se condenase solemnemente la esclavitud cuanto que Jefferson quiso poner el colmo á las iniquidades del rey de Inglaterra con esta, que era la mayor de todas las iniquidades. Nosotros sabemos cuán poca parte tuvo la corona de Inglaterra en el origen y desarrollo de esta plaga, y Jefferson no tardó en convencerse de que sus propios compatriotas miraban la culpa del rey Jorge III en la continuación de este infame tráfico de muy diferente manera que él, porque segun el mismo dice en sus Memorias se borró todo este pasaje «por consideración á la Georgia y á la Carolina del Sur que jamás habían tratado de reducir la introducción de esclavos, y que muy al contrario deseaban que continuara.» A esto añade el mismo lo que sigue: «Creo que tambien nuestros hermanos del Norte se ofendieron un tanto de estas duras palabras; porque aunque tenían pocos esclavos, habían vendido un gran número á otros.»

Se ve, pues, que la invocación de los derechos del hombre sirvió á los autores de la declaración solo como una arma contra la Inglaterra, y como un medio de ganar las simpatías de otros pueblos; pero de ningun modo estaba destinada á servir de principio legal para la vida constitucional de los Estados Unidos. No pudiendo invocar los americanos ningun derecho escrito, retrocedieron al derecho natural no escrito y proclamado por los filósofos; y á este artificio añadieron el de dirigir todas sus acusaciones y quejas contra la persona que segun los principios mas elementales del derecho inglés no podía ser acusada, y que en este asunto no tenía mas culpa que los ministros y las dos cámaras del parlamento. Ambos puntos del manifiesto estaban calculados para influir en Francia, porque allí cabalmente predominaban en los ánimos estos dos sentimientos: el entusiasmo por los derechos del hombre y por la libertad, y el odio al despotismo.

El cálculo mercantil de los americanos no salió fallido: los franceses no conocieron que todo era cálculo; solo uno hubo de advertir á sus expensas cuán poco participaban estos *héroes de la libertad* del entusiasmo que inspiraban á los demás. Esta víctima de su entusiasmo crédulo y de su corazón generoso fué Beaumarchais.

El enviado americano Sila Deane habría sido no solamente el mas ingrato de los hombres, sino tambien el mas necio si no hubiese comunicado oficialmente á sus compatriotas los muchos méritos de Beaumarchais que estaba solo en el comienzo de su actividad á favor de los americanos para los cuales era su auxilio indispensable. Cumpliendo con este deber escribió Deane á la comisión secreta del congreso en 29 de noviembre de 1776: «Jamás habría logrado salir airoso de mi misión sin los esfuerzos generosos, incansables y acertados del señor de Beaumarchais, al cual deben los Estados Unidos mas gratitud que á ninguna otra persona de este lado del Océano. Ha hecho grandes adelantos para municiones, vestuario, equipo y otros objetos, y tengo la firme convicción de que le dareis tan pronto como sea posible cargamentos considerables de retorno.»



*L. B. de Kallb*

Copia de un retrato dibujado por H. Gugeler

«El mismo os ha escrito por conducto del señor Macrery y os escribirá de nuevo con este buque. No puedo hacerle completamente justicia en una carta por su habilidad y celo en favor de nuestra causa; todo lo que puedo decir es, que en esta empresa le han guiado los principios mas liberales y generosos. Su crédito é influencia son grandísimos y los ha aplicado en toda su extensión y magnitud al servicio de nuestros intereses, por lo cual espero que los resultados corresponderán á sus deseos.»

Beaumarchais esperaba de los americanos gratitud y cargamentos de retorno consistentes en tabaco de Virginia y de Maryland, pues que Deane le había dicho que estarían preparados lo mas tarde en seis meses; pero ni recibió cargamentos, ni contestación á sus cartas, ni siquiera se le acusó el recibo de sus envíos. Hizo salir todavía dos buques mas con sus correspondientes cargamentos, pero tampoco le contestó nada el congreso. Deane le consoló diciéndole que Franklin tenía que volver á Europa y entonces lo arreglaría todo. Efectivamente en diciembre de 1776 llegó Franklin á París, enviado directamente por el congreso, pero sin llevar nada para Beaumarchais; y el mismo fatal silencio continuaba cuando á fines del mismo mes llegó de América Arturo Lee.

Este último, disgustado por haberse adelantado Sila Deane, y siguiendo en su deseo de figurar, escribió en 3 de enero de 1777 al congreso la siguiente descarada mentira: «El señor de Vergennes, el ministro y su secretario nos han asegurado repetidas veces que no esperaban cargamentos de retorno por los de material de guerra enviados por Beaumarchais. Este señor no es comerciante sino agente político del gobierno francés.» En otra carta posterior es-

cribió sobre lo mismo: «El ministerio nos ha dado á entender en muchas entrevistas que no teníamos que pagar nada por las remesas de Beaumarchais, el cual sin embargo persiste en sus reclamaciones con la perseverancia de aventureros de este jaez.»

Lee llevó esta correspondencia secreta á espaldas de Deane y de Franklin, y este último, del cual acaso esperó el congreso la verdad en medio de tales contradicciones, guardó silencio sobre el asunto, fuese para no chocar con el intrigante Lee, ó porque creyera como el congreso que un auxilio gratuito era preferible á otro que hubiera de pagarse. En efecto, en este sentido escribió á Lee en 21 de marzo de 1777, despues de haberle enviado á España: «Tenemos el encargo de hacer un empréstito de dos millones de libras (50 millones de pesetas) pagando intereses. V. comprenderá por lo mismo cuán meritorio fuera si se pudiese conseguir un subsidio considerable ó por lo menos un empréstito sin intereses.»



Lafayette, copia de un retrato dibujado por H. Gugeler

Beaumarchais continuó trabajando, entusiasta siempre por los americanos, á pesar del tratamiento indigno que experimentó no solo de parte del congreso, sino muy pronto tambien de Franklin y de Lee. Tenia que mantener tambien á Sila Deane que no recibió ninguna paga ni subvencion del congreso y que sufragaba sus gastos con las sumas que le adelantaba Beaumarchais. Sin embargo la sociedad Rodrigo Hortalez y Compañía siguió haciendo acopios y enviándolos á los Estados Unidos á pesar del silencio obstinado de aquel congreso; de modo que en setiembre de 1777 habia hecho Beaumarchais remesas de géneros por valor de cinco millones de libras (francos); y á no haberle adelantado Vergennes en el curso del verano otro millon de francos y además 74,496 francos, habria quebrado aquel año. A pesar de esto su situacion era desesperada; y sin mentir pudo escribir en noviembre de aquel año: «He concluido con mis recursos y con mi crédito. Por haber contado demasiado con los tantas veces prometidos cargamentos de retorno, he gastado mas de lo que yo y mis amigos teníamos, y hasta he apurado otros recursos pecuniarios poderosos que se me habian prometido al principio á condicion de devolverlos pronto.»

La adquisicion mas preciosa con que favoreció Beaumar-

chais á los Estados Unidos fué el baron de Steuben, que habia nacido en 1730 en Magdeburgo en Alemania, y habia servido primero en calidad de teniente en el temido cuerpo franco de Mayr, y despues sucesivamente y con notable distincion como sargento mayor, capitan de estado mayor y edecan de Federico el Grande. Concluida la guerra habia tomado su retiro, entrando al servicio del principe de Hohenzollern Hechingen en calidad de mayordomo de palacio, en cuyo empleo continuó unos 10 años. En la primavera del año 1777 pasó por Paris con intencion de ir á Inglaterra, y visitó á su antiguo conocido el conde de Saint Germain que le invitó á entrar al servicio de los Estados Unidos, diciéndole: «V. ha de ir á América; allí existe una república á la cual V. ha de servir; necesita á V.; y si sus empresas resultan favorables, tiene V. la fortuna hecha, y recogerá mas gloria y honra que jamás podría esperar en Europa.»

Steuben hizo conocimiento tambien con el embajador español, conde de Aranda, que le recomendó á Beaumarchais, y luego le acompañó Sila Deane á casa del doctor Franklin en Passy; pero este último le dijo que no se le podia dar ningun adelanto para el pasaje á América, y que por lo demás no era de su incumbencia contratar oficiales. El tono con que se expresó Franklin habria hecho al ex-oficial prusiano renunciar á su viaje, sin la intervencion de Beaumarchais que se brindó á encargarse de todos los gastos. En su consecuencia embarcóse Steuben en 26 de setiembre de 1777 en Marsella á bordo del buque *L'Heureux* de 26 cañones que para este viaje habia cambiado su nombre en *Le Flamand*, acompañado de un pequeño estado mayor compuesto de su secretario é intérprete Duponceau, sus ayudantes L'Enfant, Romanai y Epiniens, y finalmente de Francy, sobrino y agente de Beaumarchais, encargado por su tío para explicar al congreso las reclamaciones de la casa Rodrigo Hortalez y Compañía y las infamias que se habian empleado para arruinar esta casa de comercio. Despues de una larga y tempestuosa travesía, llegó el buque en 1.º de diciembre al puerto de Portsmouth en el Estado de New-Hampshire y desembarcó, además de un cargamento considerable de material de guerra consistente en 1,700 quintales de pólvora, 22 toneladas de azufre, 52 cañones de bronce, 19 morteros, 5,000 mosquetes, 2,500 bombas, una multitud de fusiles, carabinas y pistolas, al oficial alemán que llevó á las milicias americanas lo que no les podian dar ningun Washington ni ningun Lafayette con todo su entusiasmo. El ministro de la guerra de Francia Saint Germain era un admirador del ejército de Federico el Grande, cuya organizacion hubiera introducido de buena gana en Francia con inclusion del castigo de los palos. Su sano criterio habia visto que á los cazadores americanos les faltaban la disciplina, el órden, la instruccion en las maniobras y la resistencia para las marchas que distinguian á las tropas prusianas; y el acierto que tuvo para conocer en el baron de Steuben el hombre que faltaba á los americanos, honra mucho á aquel ministro. Verdad es que solo Beaumarchais podia adjudicarse con pleno derecho la gloria de haber facilitado á los americanos aquella notabilidad militar; y con mucha razon pudo escribir en 6 de noviembre de 1778 á su sobrino Francy: «Saluda de mi parte al señor de Steuben y dile que no me olvide. Me felicito de haber podido proporcionar á mis amigos, á esos *hombres libres*, un oficial tan capaz que en cierta manera he tenido que obligar á la fuerza á seguir su noble carrera. No corre prisa el pago de la suma que le adelanté para su viaje. Nunca he hecho un uso tan satisfactorio de mi dinero como en este caso; porque he colocado un hombre de honor en el sitio que le correspondia. Me dicen que es inspector general de todas las tropas americanas. ¡Bravo! Dile que su gloria es

el interés de mi dinero, y no dudo que en este concepto me lo pagará con usura.»

Medio año antes del *Flamand* habia llegado otro buque francés á América, la *Victoire*, perteneciente á un teniente de 19 años de edad, el que fué despues el renombrado marqués de Lafayette.

Entusiasmado y extasiado con la declaracion de independencia del 4 de julio de 1776 tomó la resolucion de ofrecer á los *hijos de la libertad* su espada; pero las circunstancias bajo las cuales realizó un año despues su idea estaban muy

léjos de ser tan novelescas como posteriormente las pintó en sus Memorias.

El ejército francés tenia á mediados del siglo pasado 19 batallones de infantería compuestos de alemanes mandados por 525 oficiales de la misma nacionalidad (1). Entre estos últimos, uno de los principales era Juan Kalb que habia nacido en 1721 en el margraviato de Baireuth, de una familia de labradores. En el año de 1743 apareció como teniente con el nombre de Juan Kalb en el regimiento de infantería de Löwendal, compuesto enteramente de alema-



B. Franklin of Philadelphia.

L.L.D. F.R.S.

Copia del cuadro original de Wilson

nes; y á las órdenes del mariscal de Sajonia tomó parte en todas las batallas y sitios de la campaña de Flandes. Despues, en la guerra de los siete años, volvió á presentarse en escena como cuartel maestre general y ayudante de campo del mariscal duque de Broglie, del cual como de su hermano el conde de Broglie, era el hombre de confianza. Concluida esta guerra estuvo empleado por el duque de Choiseul en diferentes comisiones secretas, últimamente en la América del Norte. El ministro de la guerra Saint Germain pensó en él cuando trató de auxiliar eficazmente á los americanos, por ser un oficial francés que conocia á fondo las circunstancias de aquel país, y le hizo presentar por su hermano á principios del mes de noviembre de 1776 á Sila Deane que le contrató al momento en calidad de brigadier. En 1.º de diciembre firmó Kalb por sí y á nombre de quinientos oficiales mas un convenio formal. En 7 del mismo mes se les agregó Lafayette que animado en su propósito por su

pariente y amigo paternal el conde de Broglie, no hizo caso de la prohibicion del gobierno francés, que si toleraba el traslado de sus oficiales al ejército de los rebeldes americanos cuando se hacia con disimulo, no podia permitirlo públicamente. En marzo de 1777 compró pues Lafayette por 112,000 francos el buque *La Victoire* con su cargamento, y despues de haber zanjado varias dificultades que le opuso su suegro el duque de Ayen y que retardaron la marcha con grandísimo disgusto del impaciente Kalb, partieron el 20 de abril, y en 13 de junio ancló el buque en la bahía de Georgetown en el Estado de la Carolina del Sur. El congreso sin embargo no aprobó las condiciones que Sila Deane habia firmado con los oficiales franceses, los cuales volvieron á Francia despues de haber sido indemnizados de los gastos

(1) Véase FIEFFÉ, *Histoire des troubles étrangers au service de la France*. Paris, 1854; tomo 1.º